

**CONFEDERACION
REVOLUCIONARIA**

PALABRAS DE UN HOMBRE

AL PUEBLO AMERICANO,

(a propósito de
las declaraciones
del Pcte.
Wilson el 2 de
Junio de 1915.)

Es necesario despojarse de todos los prejuicios que han hecho ver a la revolución mexicana como un dramático atentado contra los derechos humanos.

Es necesario analizar este movimiento, no sólo en sus actos de violencia, sino en las causas que lo han generado, en los resultados prácticos, en el sentido del mejoramiento social y en sus consecuencias y relaciones con la política mundial.

La Revolución.

Las revoluciones políticas han tenido siempre como origen, un deseo de mejoramiento que se ha manifestado muchas veces, desde un principio, en protestas perfectamente definidas en contra de un régimen establecido y delineadas por un grupo de hombres. El pueblo secunda esas protestas, y la importancia efectiva de una revolución, no depende exclusivamente de los principios que la determinaron, sino de la fuerza que le da la participación popular, de la

cual dependen las transformaciones, sucesivas que la intensifican o la amenguan.

Estas transformaciones pueden verificarse rápidamente y en forma completa y definitiva durante un corto período de años.—la revolución francesa—o bien constituyen una serie de movimientos que se verifican periódicamente durante la vida de un pueblo, marcando una trayectoria perfectamente definida, asumiendo, en el fondo, un carácter invariable, como la revolución mexicana, cuyo primer germen apareció con los hombres que en 1810 se levantaron contra la opresión española, y que ha tenido, durante más de un siglo, tres potentes manifestaciones: la reforma, la revolución de Madero y el movimiento constitucionalista cuyos resultados dentro y fuera de la República, pueden ser más trascendentales que las revoluciones anteriores, tanto porque sus ideales son más concretos y más de acuerdo con las necesidades de la raza, cuanto por el impulso poderoso que le ha dado el pueblo, y también porque ese movimiento, ha tenido lugar en un importante momento histórico del desenvolvimiento mundial.

La revolución de Madero ahogada en sangre por los elementos conservadores, representantes de las tendencias del antiguo régimen no pudo llegar al cumplimiento de sus promesas. Pero los ideales que encerraba y la inquietud que despertó en la conciencia popular, no podían permanecer largamente sepultados. Realizado el asesinato de Madero por una banda de malhechores internacionales compuesta de ministros extranjeros, de militares mexicanos, de representantes de fuertes compañías industriales y por algunos *encomenderos* españoles, el gobernador constitucional del Estado de Coahuila, Venustiano Carranza, se levantó en nombre de la Constitución nacional contra los usurpadores del gobierno del pueblo.

La protesta iniciada por Carranza asumió rápidamente una grande importancia llevando tácitamente en su programa, un principio que había de plantear definitivamente la solución primordial de las grandes cuestiones nacionales: la destrucción del ejército federal, sostenedor de las tiranías y autor de todos los atentados contra las libertades públicas.

Los Estados del Norte se unieron

rápídamente al llamado de Carranza y gracias a la activa participación popular el movimiento asumió una importancia de día en día mayor.

Cuando un sentimiento se posesiona profundamente de una gran masa de hombres, es difícil oponerle una resistencia efectiva. El pueblo mexicano desarmado, pobre, vilipendiado, a quien se ha tachado siempre de perezoso y a quien se ha despreciado por creerle carente de virtudes cívicas y de falta de cohesión, se congregó, lleno de entusiasmo, en torno de un principio sagrado, y batalla tras batalla, en lucha desproporcionada y sin tregua, deshizo en el espacio de dos años a un ejército disciplinado, bien armado, dirigido por jefes aptos, sostenido por un hombre de férrea voluntad, ayudado con el dinero de los capitalistas internacionales, apoyado por las potencias europeas, por el clero, y por las clases acomodadas. Ese mismo pueblo, en el momento mismo de la victoria sobre el ejército federal, vió nacer en su propio seno una nueva fuerza que aparentando defender nuevos principios, no era en el fondo mas que una inesperada mani-

festación del antiguo régimen que acababa de abatir.

El pueblo se rehizo, y en épicas jornadas, que son indiscutiblemente las más importantes victorias obtenidas en América por la fuerza popular, venció de nuevo al naciente y poderoso enemigo. Después de la cruenta lucha, hoy, más vigorosas que antes, las masas populares dominando la más grande parte del país, sólo esperan la paz para realizar completamente las reivindicaciones proclamadas, defendidas con tanto ardor.

Esta doble victoria del pueblo armado sobre la institución militar que sostuvo la tiranía porfiriana, y sobre la reacción que trató de sustituirla, merece el respeto y la consideración de los pueblos civilizados. Esta victoria es una afirmación indiscutible de la cohesión de los elementos revolucionarios y de la fuerza misma de la revolución.

La Revolución es indivisible.

“El objetivo de la revolución—dice el Presidente Wilson—era librar a México de hombres que violaban la Constitución de la República y que

usaban del mando con menosprecio de los derechos del pueblo; y con esos fines, instintiva y generosamente, simpatizó el pueblo de los Estados Unidos; pero los jefes de la revolución en el momento mismo de su triunfo, disintieron y empuñaron sus armas unos contra otros.”

Escapa a la perceptibilidad del Gobierno, y quizá del pueblo americano este hecho: siendo el objetivo de la revolución librar a México de hombres que violaban la Constitución y conculcaban los derechos del pueblo, no pudo conseguirse ese fin cuando la revolución entró victoriosa por la primera vez en la ciudad de México en agosto de 1913, porque justamente en ese momento los hombres—en partido—que habían violado la Constitución aparecieron bajo otras formas tratando de deshacer la obra revolucionaria. El grupo de civiles y de militares que componían la hoy desaparecida división del Norte crearon el desacuerdo que ocasionó la serie de males, de embrollos y dificultades porque atravesó México desde octubre del año pasado hasta mayo del presente.

La disensión nacida entre el grupo de hombres que lucharon contra la

tiranía de Huerta demuestra que la revolución no estaba completamente depurada y que no había llegado a la cohesión necesaria que debía garantizar una verdadera victoria. La revolución llevaba todavía en su seno elementos civiles y militares que representaban y defendían los intereses del antiguo régimen, y que no podían aceptar, por ningún motivo, las reformas sociales a que la revolución—la verdadera revolución—aspiraba.

Hoy la depuración se ha hecho y los principios están en pie, incólumes.

La escisión habida entre los jefes del movimiento popular en el momento del triunfo, no fué un desacuerdo por causas personales por meros incidentes de lucha: fué un desacuerdo de principios. Cuando este desacuerdo se marcó claramente, pudo observarse quienes estaban detrás de los jefes de la división del norte y de los zapatistas que se unieron a ellas; los mismos que medraron al amparo de Díaz, los que sostuvieron a Huerta, los restos del ejército federal y el clero.

La discordia entre los que habían luchado para hacer triunfar una mis

ma causa provenía de que un grupo se constituyó en el defensor de los intereses del derecho popular enfrente de las tendencias políticas, religiosas y militares y aquellos que primero de una manera oculta y después abiertamente, se declararon sostenedores del cientificismo porfiriano, del clero y de los aventureros internacionales. El grupo que recogió los principios de reivindicación social que hicieron generar y vivir la revolución de 1910 y 1913 a pesar de ser más débil política y militarmente, y de haber tenido que replegarse ante la astucia de los cléricos federales,—villistas, zapatistas, convencionistas, etc.,—llevaba realmente consigo el ideal que había ya encarnado en el pueblo. Instintivamente el pueblo lo siguió. Los hombres más honrados y también los ciudadanos armados más valientes y más enérgicos lo secundaron, verificándose palpablemente este fenómeno que sólo se realiza cuando un partido está apoyado por el pueblo: que a pesar de su debilidad, que a pesar de haber encontrado la misma oposición por parte de los gobiernos extranjeros para llevar a cabo su programa y no obstante el apoyo moral

y material prestado directa o indirectamente a la facción que se declaró defensora del antiguo régimen, el Constitucionalismo en el brevísimo período de cuatro meses, pudo realizar una unificación más completa, de la que se verificó en un principio contra la administración de Huerta, llegando a obtener una serie de triunfos en el orden militar, que constituyen las victorias más grandes, no sólo de este período revolucionario, sino de la historia de México: las victorias de Celaya y de León. Durante este corto período, en que la actividad militar parecía haber absorbido todas las energías del Constitucionalismo, se llevaron a cabo en Veracruz y en algunos otros lugares controlados por la revolución, una serie de reformas sociales de acuerdo con las necesidades del país, decretándose al mismo tiempo una serie de leyes de verdadera importancia política, económica y social.

Cuando una parte de la opinión pública nacional y extranjera creyó vencido al Constitucionalismo y se advirtió, con cierta simpatía, por parte de algunos, el avance rápido de los elementos de la división del Nor

te, en combinación con los elementos zapatistas, creyóse, casi unánimemente, en la derrota irremediable y rápida de los que llevaban consigo el fuego sagrado de la revolución popular. Pero los soldados del pueblo, animados por esa extraña fuerza que en todos los grandes movimientos sociales da siempre la victoria al pueblo, avanzaron lentamente hasta Celaya a donde las fuerzas reaccionarias fueron derrotadas.

Las victorias de Celaya cambiaron radicalmente la faz de la contienda y la batalla de León, verificada veinte días después de las acciones de Celaya, aniquiló literalmente a las armadas reaccionarias que llevaban en su seno a los representantes del antiguo régimen.

Mientras a su paso por los Estados del Norte y del centro de la República los reaccionarios se aliaban con los ricos hacendados y explotaban las tierras para provecho de los favoritos, mientras Villa y Angeles con Díaz Lombardo y Silva, con Carrother y Angel del Caso se dedicaban a saquear, a asesinar y a engañar a nacionales y extranjeros, en el Estado de Veracruz el pueblo volvía a entrar en posesión de las tie

rras que le habían robado los protegidos de Díaz; en Yucatán se hacían efectivas las promesas de la Revolución devolviendo a los indígenas los terrenos que les arrebataron los grandes latifundistas y en la provisional capital de la República se dictaba la ley para la devolución de los ejidos, la ley del divorcio, la ley del trabajo, se formaban tribunales para administrar justicia y se iniciaba la grande obra de reorganización nacional que es la que ha de dar al país, después de las victorias de los ciudadanos armados, el bienestar por que se ha venido luchando con tanto heroísmo.

Esta reorganización sólo puede verificarla el elemento triunfante de la Revolución.

No hay transacción posible.

“A pesar de que todos dicen perseguir los mismos fines, agrega Mr. Wilson, hablando de las facciones, no pueden o no quieren ayudarse mutuamente.”

No todos perseguimos los mismos fines y el hecho de que esta guerra se verifique dentro de un mismo te-

ritorio entre gentes de la misma raza, no significa precisamente que los elementos en lucha se unan por un exclusivo principio de patriotismo. Las razones, las causas mismas que han creado la revolución tienen mayor peso y mayor influencia para sostener una lucha sin transacciones y sin misericordia, que si esa lucha se verificase entre dos razas distintas, porque, el ideal que se persigue está arraigado en más profundas pasiones y en aspiraciones de carácter afectivo.

Nosotros no podemos y no debemos uniros con aquellos hombres que representan otros principios porque los desacuerdos dentro del terreno de los ideales son más grandes que las disensiones en asuntos comerciales o políticos. Y la prueba de ello es que, en toda la historia, las luchas más violentas y más crueles han sido aquellas verificadas, en muchas ocasiones dentro de un mismo país, entre hombres que han defendido principios que han creído incontrovertibles.

Nosotros estamos dispuestos a sacrificar todos nuestros intereses de cualquier orden que seau; pero no a sacrificar los ideales, mientras que

nuestros contrarios que no luchan por ningún ideal, están dispuestos a sacrificarlo todo, menos sus intereses. Es precisamente por salvar éstos que su espíritu se ha vuelto plegadizo ante la amenaza de un desastre político definitivo y hoy, desorientados, tratan a tientas de salvarse aunque la causa que pretendieron defender perezca.

Unirse, no. Que los elementos populares de las facciones contrarias, se sometan y que se haga responsables a sus jefes de los actos cometidos en desprestigio y para el mal de la patria, y entonces transaremos.

Hay además otras razones. Cómo vamos a pactar con una facción que tiene por jefe al más grande y más inconsciente de los criminales de nuestros tiempos, al ladrón más descarado, al epiléptico de cuyos movimientos musculares y cerebrales no se le puede exigir responsabilidad, y el cual está guiado por el espíritu jesuítico de un militar de oficio y de nacimiento, por la astucia de un abogado que se vende al primer postor y por la mala fe y la codicia de un representante del Departamento de Estado de los Estados Unidos? Cómo es posible que

nosotros podamos pactar con otra facción que si bien es cierto que en un principio representó y defendió los intereses populares, hoy está unida con la facción anterior, que se ha vendido a los ricos hacendados y que al entrar en la ciudad de México llevó como símbolo de sus ideales políticos, sociales y económicos una virgen apócrifa, un pederasta curiquecido por un tío que asesinó hombres y libertades durante treinta y seis años y por un grupo de gente armada que pide limosna en nombre de una revolución?

Nuestra unión con las facciones a que hace alusión el primer ciudadano de los Estados Unidos, no puede verificarse porque sería la muerte de las libertades públicas y el principio de nuevas discordias. Además, presentemente, estas facciones están literalmente aniquiladas por los soldados de la revolución al mando del General Alvaro Obregón.

**Las cuestiones sociales
no pueden resolverse en nombre de un
principio abstracto.**

“Al parecer no se encuentra México más cercano a la solución de sus trágicas turbulencias de lo que se halla:

ba al estallar la revolución, y se ha puesto asolado por la guerra civil, como por un incendio," dice el Presidente Wilson.

No debe escapar a la alta inteligencia y a la cultura extraordinaria del gobernante que ha pronunciado estas palabras, que las soluciones de los grandes y complicados problemas mexicanos, no pueden encontrarse ni por un simple deseo, ni por una imposición.

Las grandes transformaciones sociales no están sujetas a medida de tiempo. No es justo acusarnos de que nos encontremos todavía lejos de la solución de nuestras trágicas turbulencias, en primer lugar porque esa solución no depende exclusivamente de nuestra actividad, no está toda en nuestras atribuciones, puesto que, entre otras cosas, tenemos encima una oposición universal y dificultades interiores extremadamente complicadas que necesitan para ser allanadas, tiempo, sacrificios, muchas energías, mucha sangre y también mucho tacto. La importancia misma de nuestra revolución, la extensión de los problemas que abarca, constituyen, permítaseme la frase, una dificultad material que no es posible

vencer a pesar de los buenos deseos del ciudadano Wilson y de nuestros grandes esfuerzos.

La solución de las dificultades porque atraviesa México no puede ser encontrada arbitrariamente. Las causas de esas dificultades son diversas y profundas y nuestra lógica racional no alcanza a explicar satisfactoriamente, ni menos aún, resolvería con rapidez, las cuestiones planteadas por el encadenamiento de causas económicas, afectivas y místicas.

Para explicar el período histórico porque atraviesa México, es necesario analizar la serie de fenómenos simultáneos que lo han creado y cuyas fases se desenvuelven bajo la acción de leyes psicológicas que funcionan con la ciega regularidad del engranaje de una máquina.

Los hombres de la actual revolución son el *portato social* de las grandes luchas de las generaciones pasadas y no pueden substraerse a las influencias que los han creado. Si ellos pretendiesen precipitar la solución de los problemas que tratan de resolver, no harían más que aplazar la lucha o perder el secular esfuerzo hecho por toda una raza para

conquistar un bienestar efectivo y una libertad verdadera.

Las cuestiones sociales que entrañan una transformación general, no pueden resolverse rápidamente en nombre de tal o cual principio, más o menos racional, más o menos humanitario, pero abstracto.

La cuestión agraria, la cuestión proletaria entre otras.

Las condiciones generales de las tierras y del proletariado son las mismas hoy que en la época romana y la voz de Tiberio Graco, que era el eco del sentir de las clases agobiadas de su época, puede ser hoy sin variar ni en la forma, el eco de las condiciones generales, de los trabajadores y de los obreros de nuestros tiempos. Ni el calificativo genérico ha cambiado: el proletariado romano y el proletariado burgués tienen las mismas necesidades, las mismas aspiraciones, las mismas dificultades, el mismo nombre.

La cuestión está en pie.

Socialmente nos encontramos ahora en todo el mundo, en el mismo caso que los romanos al copezar la decadencia. Bien puede decirse que si las civilizaciones antiguas perecieron porque no supieron resolver

el problema social, a la civilización burguesa le puede acontecer otro tanto si rehuye esa solución.

La revolución mexicana es una de las tentativas más osadas para encontrar a esta grave cuestión un principio de solución. No es este el caso de analizar si estamos más o menos lejos de la solución de turbulencias trágicas: el caso es de enfrentarse decididamente con el problema como lo hemos hecho, de estudiarlo y de resolverlo de acuerdo con las necesidades generales, en un día, en un año o en un siglo.

No es posible imponer a un pueblo ni por razonamientos, ni por presiones políticas o militares el arreglo definitivo de sus grandes cuestiones sociales.

Todas las gestiones que se hagan en este sentido por importantes que ellas parezcan, pero, en desacuerdo con la lógica de los acontecimientos, desvían la cuestión, no la solucionan.

La barbarie contemporánea.

El ciudadano Wilson se muestra justamente alarmado en vista de la desolación y de la miseria, que en

piezan a palpase en toda la extensión de la República y noblemente desea encontrar los medios que puedan dar resultados efectivos para remediar los males naturales de todo conflicto armado.

Si el gobierno de los Estados Unidos no puede mantenerse inactivo ante las terribles consecuencias de la revolución mexicana, hay muchas razones para creer que podría desarrollar una más grande actividad, por ejemplo ante los desastres ocasionados por la guerra europea y especialmente por la barbarie alemana frente a la cual, los atropellos, las destrucciones, los crímenes y el salvajismo de Francisco Villa parecen juegos de niños.

La época actual que constituye el último período de la larga y brillante civilización burguesa, es un retorno a la barbarie ancestral. En esta época de lucha a mano armada y sin misericordia, el hombre primitivo aparece lo mismo bajo el casco prusiano que bajo el sombrero ancho y raído de un zapatista o bajo el sombrero tejano de un soldado de la división del norte. El prusiano asesina niños, viola doncellas y quema las obras de arte que los hombres han

levantado para cristalizar un sentimiento o una creencia, en nombre de la necesidad de vivir o de la divinidad de su emperador. El zapatista asesina a los pasajeros indefensos de un tren y se rapta a las doncellas de la metrópoli en nombre de la virgen de Guadalupe o de la falta de maíz, y la gente de la división del norte asesina y roba en nombre de sus propios intereses o de los intereses de Wall Street.

Por qué el asombro del gobierno de los Estados Unidos es mayor frente a la ensangrentada tierra mexicana que ante los campos arrasados de Bélgica o frente a las catástrofes provocadas por los submarinos alemanes en los barcos de pasajeros, tumbas de centenares de inocentes?

En este maremagnum formado por las distintas corrientes de principios y de intereses, producto de una civilización ya caduca, es clortamente difícil discernir cuáles son los elementos que representan el progreso, cuál es la forma de una nueva civilización. Desde luego yo considero en el mismo nivel moral, en el mismo nivel psicológico a los hombres representativos de las facciones que en Europa y en México sostienen los in-

tereses de la sociedad burguesa, del clero y del militarismo, y no hago distinción entre el Kaiser y su corte y Francisco Villa y la suya.

En Europa los alemanes sostienen los principios caducos, a pesar de la enorme cultura de una parte elegida del imperio.

El emperador ha dado un apoyo decidido al clero, que ha invadido el parlamento, ha aceptado y protegido a los grandes explotadores de industrias militares y ha sido más astuto y más precavido que los gobernantes de otros pueblos ansiosos de desarrollar sus energías en medio de la paz.

Francisco Villa se ha aliado también al clero, ha aceptado la cooperación de los capitalistas basando exclusivamente su programa en una acción militar y ha asolado las regiones por donde pasó en idéntica forma a la que han usado los ejércitos teutones enviados por el Kaiser en nombre de su autoridad divina.

Es verdad que el Kaiser no se ha robado a ninguna cajera de un hotel, ni se ha casado cuantas veces hubiese querido con intervención de un cura ficticio, ni ha matado a quemarropa a amigos y a mujeres in-

defensas, ni se ha deleitado en tiro-tear a inocentes que le pedían misericordia agarrados a las ventanas de su casa. Pero sus tropas han hecho lo mismo.

En estos dos hombres hay el mismo desequilibrio nervioso: *ambos* son dos epilépticos perfectamente caracterizados, el uno ignorante, el otro cultivado, pero los dos llevan el mismo desprecio de los derechos humanos, y en los dos se ha manifestado la barbarie ancestral con igual violencia.

Hay más todavía: el antecesor del general Villa, en el sentido político y en el *orden moral*, Victoriano Huerta, hombre cruel, energético y despiadado, tuvo un apoyo decidido en el emperador de Alemania quien lo llamó "ilustre amigo," procurando que sus súbditos lo ayudasen a mantenerse en el poder y ofertándole por último un crucero de la marina alemana, el "Dresden," para substraerlo a la justicia popular. En los discursos de estos dos hombres hay una característica curiosa: la convicción de que la divinidad interviene y determina todas sus acciones. "Dios nos saque con bien de esta patriótica empresa," decía Huer-

ta después de haber asesinado a la multitud en las plazas públicas de México. "Dios esté con Alemania," dijo el emperador caporal después de haber arrasado Bélgica.

En mi conciencia no tiene significación el hecho de que un hombre esté lleno de honores y colocado por la opinión pública, la voluntad de un pueblo, y hasta por la gracia de Dios, en un lugar privilegiado, para diferenciarlo de otro hombre a quien todo el mundo llama bandido y que aparece como una figura vulgar, si las acciones de ambos, sus palabras y sus tendencias, tienen exactamente las mismas características y si están, además, estos individuos unidos por la amistad.

El ímpetu, el deseo de destrucción, la jactancia características de todos los elementos militaristas que sostienen ahora en el mundo los principios de las viejas instituciones, se manifiestan con la misma oprobiosa violencia entre las tropas del Kaiser, en los ejércitos de Francisco José, entre los soldados turcos y también entre las facciones capitaneadas por Villa y Angeles. Es curioso observar que detrás de todas estas armadas están vigilantes los ministros de al-

guna religión. En Alemania y en Austria el clero católico ayuda. Todavía en enero de este año el clero católico hizo una colecta en los pueblos de Alemania para ayudar a los gastos de la guerra, sostenida por un emperador protestante. En Turquía se ha querido dar a la participación del país en la contienda actual el carácter de una guerra santa, y en México el obispo Mora y del Río le dió al ejército federal veinte millones y ahora le da al general Huerta apostólicas bendiciones. En todo el territorio de la República, el clero ayudó a la facción de Villa y a la facción zapatista que caminaban siempre seguidas de un segundo ejército de curas, predicadores de la santa causa y recolectores de la más santa moneda.

Todo esto en el fondo no tiene nada de extraño porque los militares de profesión y los sacerdotes del culto católico han andado siempre del brazo, a través de toda la historia contemporánea... y aún antes.

Frente a la montaña de acusaciones hechas contra la barbarie alemana en todos los países civilizados de la tierra, ante los hechos sangüinarios de los reaccionarios mexica-

nos y ante las atrocidades turcas en Oriente, la revolución constitucionalista representa por sus ideales y por sus métodos, una indiscutible superioridad moral y una grande tendencia civilizadora.

Si esta superioridad moral y esta noble tendencia no han podido manifestarse con toda libertad, es porque sobre el constitucionalismo ha caído la avalancha de dificultades internacionales levantada dentro de la misma República por los representantes diplomáticos de muchos países.

La acción diplomática en México también forma parte de la barbarie contemporánea.

Una de las características más salientes de la actual lucha en México, es la intromisión de los representantes de los gobiernos y de los industriales extranjeros en los asuntos del país, intromisión que ha tenido las más diversas formas, pero dirigida siempre para sofocar, para aplastar todo movimiento que pudiera verificarse en beneficio de las libertades y del bienestar colectivo.

Los primeros enemigos astutos y

poderosos que tuvo el movimiento democrático encabezado por Madero contra la dictadura porfiriana, fueron los embajadores extranjeros, especialmente Henry Lane Wilson, Cologan y Cologan y el embajador inglés Stronge.

Es costumbre inveterada entre los diplomáticos de todos los países, especialmente de los diplomáticos que las naciones tienen en la América latina, el servir a los intereses comerciales de los grandes industriales de su nación, sin descuidar naturalmente, sus propios y personales intereses. No es pues de extrañarse, que en general, la famosa diplomacia internacional, haya hecho en México veces de agente viajero. Pero lo que sí debería causar estupor a los gobiernos que se precian de respetar los derechos de las naciones amigas, son los actos políticos, las acciones que llevan a cabo sus representantes, acciones que ellos no tolerarían nunca dentro de su propio país y que constituyen las más descaradas violaciones de las leyes.

Henry Lane Wilson fué el encubridor de la traición del general Huerta, el coautor del asesinato de Madero. Al amparo de su inviolabili-

dad y de su prestigio de representante de una nación amiga, se coaligaron los enemigos de las libertades y de los derechos nacionales. En la propia casa de Lane Wilson, se verificaron en los últimos días de la presidencia de Madero, las juntas de los hombres que derrocaron a los libertadores del pueblo. Todas las tramas urdidas contra ellos por Huerta, Blanquet, Urrutia, Camacho y Stronge, se fraguaron bajo los auspicios del embajador americano.

El ministro inglés y los miembros de la legación inglesa en México, ligados todos a la casa Pearson de Londres y representantes exclusivos de los intereses de esa casa, tomaron una parte tan activa en el derrocamiento del régimen constitucional, que su gobierno se vió obligado a llamar al ministro Stronge, en agosto de 1913, para conjurar el escándalo que había ya estallado. Sir Leonel Carden lo substituyó. Sir Leonel Carden es un viejo lobo de mar del mar de petróleo de la casa Pearson.

En la misma época el gobierno de los E. Unidos llamó a su embajador, inducido, sin duda por la presión de la opinión pública americana o tal

vez por un remordimiento de esa vaga cosa que se llama conciencia.

El ministro Cologan y Cologan, con el súbdito español Iñigo Noriega, su subordinado, su amigo, su mentor y quizá hasta su tirano,—ambos representantes genuinos de los prejuicios iberos y de los robos transformados en posesiones legales de los grandes terratenientes españoles protegidos del general Díaz,—coadyuvaron al derrocamiento del gobierno emanado de la elección popular.

En cuanto al ministro de Bélgica, Paul May, a quien el gobierno de la revolución tuvo que expulsar hace poco del país por su complicidad con el gobierno del usurpador, dedicóse a llenarse los bolsillos encubriendo las maquinaciones de Lord Cowdray, mientras sus colegas hacían lo mismo que él, más un poco de política negra.

Todo el mundo conoce en México, en la América latina, en Estados Unidos y en Europa, la actitud que estos diplomáticos venales asumieron en contra de los intereses políticos y materiales de la República.

Una serie larga de pruebas de carácter moral y una serie de cargo.

concretos sobre hechos perfectamente determinados, han sido publicados a este respecto en todos esos países.

En la historia de México es un fenómeno constante la participación de los diplomáticos en contra de los intereses de la nación. Durante la Reforma, los diplomáticos extranjeros se opusieron a la obra de renovación social y política de Juárez; durante la revolución de Madero, estuvieron en contra de Madero, y en la época actual, han estado siempre en contra de la revolución constitucionalista. Marquez Sterling, representante de Cuba, forma una excepción. Sólo en el período porfiriano los representantes de las naciones amigas estuvieron de acuerdo con la administración del país, porque durante esa época ellos pudieron, al amparo del astuto dictador, satisfacer las exigencias de las casas comerciales que representaban y llenar sus bolsillos de fabulosas concesiones. En ese período su presencia constituyó un formidable apoyo a la tiranía del general Díaz.

Desde que Carranza se levantó en armas en Febrero de 1913 en nombre de la ley y de la dignidad nacional

—y se podría decir de la dignidad humana— en contra del usurpador Huerta, los representantes extranjeros han puesto un grande esmero en seguir su gloriosa tradición.

El ministro del Brasil, Cardoso, dirigido por el clero y sobornado por las grandes compañías industriales de Estados Unidos y de Inglaterra ha hecho una sorda, pero terrible oposición, al constitucionalismo y ha convertido su morada de la Colonia Juárez en una agencia clérico-comercial, fuente de pingües utilidades.

Angel del Caso, agente confidencial de España, fué el "manager" y el eunuco del ex-general Francisco Villa. El fué uno de los más importantes factores en el arreglo de los asuntos financieros del vencido de Celaya, o más claramente, el organizador de la irresistible tendencia de su patrón, al robo, al fraude y al engaño político. Caso supo también organizar para el ex-jefe de la división del norte, los placeres inefables del serrallo. Es público y notorio en México que Villa y Caso vivían, este último con su familia, en

dos casas que se comunicaban por un jardín y es fama que alguna mujer, que no era precisamente la mujer de Villa, proporcionaba a éste dulce descanso después de las horas de fatiga empleadas en asesinar a hombres sospechosos o amigos poco devotos.

Es bien conocida, por otra parte, la actitud de Carother, enviado especial del Departamento de Estado de los Estados Unidos cerca de la división del norte, astuto y supremo mentor de este hombre de la época cavernaria que fué general e instrumento de una banda de ambiciosos, y que se llama o se llamaba Francisco Villa. Carother amansó—a su manera—esta especie de fiera, la condujo hábilmente para servir a sus intereses y cuando no la incitó al crimen, presenció impasible los asesinatos cometidos por su tutoreado, como en el caso del gaucho argentino para no citar más que este ejemplo. Siendo Carother más que otra cosa, un agente financiero de la gente de Wall Street y un instrumento de Hearst pudo fácilmente participar, al lado del Gral. Villa del botín recogi-

do por éste en el suelo mexicano y del soborno venido del otro lado del río. Carother es el Yago de esta revolución.

Si el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos tienen realmente una idea elevada y concreta de la justicia, antes de declarar "que es necesario hacer la paz a toda costa" y antes de notificar que "se verán obligados a decidir los medios que habrán de emplear los Estados Unidos para ayudar a México a que se salve y para servir a su pueblo," deberían alejar del territorio mexicano a ese hombre nefasto que es un baldón para la civilización americana y una de las causas principales de los disturbios ocasionados en el seno mismo de la revolución.

Si la participación que estos diplomáticos venales, instrumentos de bajas pasiones y de intereses comerciales pudiese eliminarse de la vida política, no solo de México, sino de todos los países, las dificultades internacionales serían indudablemente menores.

La Revolución empieza a cumplir sus promesas.

“Es necesario un gobierno para el cual el programa de la revolución sea más que meras promesas.”

La revolución constitucionalista no ha concretado todavía todos sus esfuerzos en una forma gubernamental; pero sí ha podido realizar, antes de llegar a esta concreción política, parte de las reformas decretadas y remediar también, sin decretos, grandes males sociales aferrados al organismo social hacia centenares de años.

La admirable labor del general Aguilar en el Estado de Veracruz—labor metódica, silenciosa—ha conseguido transformar completamente algunas comarcas en las cuales, efectivamente, los indígenas han entrado en posesión de los terrenos que les fueron conculcados durante el régimen pasado y los que se están labrando ya, en grandes extensiones. Al mismo tiempo las asociaciones obreras han podido hacer efectiva la mayor parte de los derechos a que aspiran, encontrando por parte del gobernador de Veracruz, un apor-

yo decidido en las demandas cerca de los patrones, en la reglamentación del trabajo. La solución de varias huelgas ha sido satisfactoria. La instrucción pública ha sido reglamentada y su acción intensificase de día en día. Una serie de congresos integrados por los representantes de todos los profesores del Estado estudia la mejor organización, tanto de la instrucción primaria como de la instrucción superior. El último de esos congresos tiene lugar precisamente en estos momentos. El gobierno del Estado promulgó leyes que ha reivindicado de hecho, los derechos conculcados. La ley sobre el contrato de retro-venta puesta en práctica con los mejores resultados, es una ley esencialmente revolucionaria y justa.

En el Estado de Yucatán el Gral. Alvarado ha hecho una labor intensa y rápida en beneficio de todas las clases sociales equilibrando con sabiduría los diversos intereses de las clases yucatecas y desterrando sin misericordia los elementos que pudiesen oponerse a la estabilidad definitiva de las reformas implantadas.

Ochenta decretos emanados del gobierno del general Alvarado, entre los cuales está comprendido el decreto aboliendo la esclavitud en la península, han solucionado una serie de casos de orden individual o de carácter general en acuerdo completo con las necesidades populares, con la instrucción pública o las cuestiones hacendarias. La transformación de que ha sido objeto Yucatán, el bienestar nacido desde la llegada del Gral. Alvarado en marzo de este año, bastarían para justificar los esfuerzos de nuestra grande revolución.

Por otra parte, la importancia política y social que tiene la complicada labor del Gral. Alvaro Obregón, es un argumento poderoso para demostrar tres cosas esenciales; primera: que la revolución constitucionalista ha tenido la fuerza suficiente para destruir al enemigo de las libertades públicas en los campos de batalla. Sin la destrucción efectiva de los elementos reaccionarios no era posible la implantación de las reformas revolucionarias; segunda: que la actitud, la disciplina y la no-

bleza del ejército constitucionalista, es una segura garantía de consolidación nacional y de paz efectiva; y tercera: que la labor civil del Gral. Alvaro Obregón y de los hombres que lo secundan, labor que se ha desarrollado en México, en Puebla, en Querétaro y finalmente en León donde acaba de sellar con su propia sangre el triunfo definitivo de la causa del pueblo, no se ha limitado a proteger a determinado grupo social sino que ha tratado de resolver las importantes cuestiones generales que se han presentado muchas de las cuales ha resuelto, por lo menos en principio. La cuestión obrera entre otras. El apoyo que prestó el Gral. Obregón al gremio obrero de Puebla y de México tendrá una trascendencia verdaderamente importante pues ese apoyo es el principio de la completa organización de todos los elementos obreros del país. Otro de los asuntos que se ha procurado solucionar desde luego es el problema de la alimentación del pueblo. Durante su estancia en México el Gral. Obregón, con la ayuda de la Primera Jefatura auxilió grandemente a las

clases menesterosas, y hoy, en su viaje triunfal por el centro de la República, su labor continúa en este sentido.

El Gral. Pablo González, hombre modesto, pero activo, honrado y justo y que ha recorrido la República diversas ocasiones, ha procurado hacer cumplir en los campos y en las ciudades, las reformas iniciadas desde 1913. Sus virtudes le han deparado el privilegio de llevar de nuevo y definitivamente las buesdes de la revolución a la ciudad de México y no es aventurado asegurar desde ahora que sus actos corresponderán a la alta misión que se le ha confiado y que tendrá una grande importancia en el desarrollo final de la segunda etapa del constitucionalismo.

Y los trabajos emanados de la Primera Jefatura? No son acaso realizaciones tangibles, las leyes agrícolas, que se están ya aplicando, la ley sobre el divorcio, la ley sobre el trabajo que es la más completa de las leyes promulgadas hasta hoy en cuestión de legislación obrera?

Por brevedad hago omisión de la formidable labor reformadora de la Primera Jefatura. Esto será objeto de un estudio especial.

No es posible que en el espacio de tiempo en que la revolución constitucionalista se ha ocupado, por necesidad vital, de vencer las dificultades de orden militar y político, hubiese podido llevar a la práctica las reformas que se han planteado en teoría. Estas reformas serán realizadas a medida que la consolidación del partido sea más efectiva.

Si en plena paz a un grupo debidamente constituido le es difícil resolver los asuntos nacionales rápidamente, durante un período revolucionario las dificultades se multiplican y la realización de un programa se vuelve más complicada.

Lo hecho hasta aquí por el constitucionalismo en el orden civil y en el orden económico es importante, pero lo que podrá hacerse lo es todavía más. Lo que necesitamos ahora, es tiempo.

La Revolución Mexicana
es un gran esfuerzo hacia la realización
de ineluctables y altísimas aspiraciones
humanas.

La época moderna se caracteriza por una marcada tendencia hacia una revisión general del pasado—revisión de conocimientos científicos, análisis religiosos, revisión de principios políticos, filosóficos y estéticos—y al mismo tiempo por una actividad general de las masas en contra de las instituciones y del régimen social actual del mundo. Esta actividad reviste diversas formas, pero tiene en el fondo la única intensión de destruir el caduco orden de cosas actual dominado por la preponderancia absoluta del industrialismo, de la iglesia católica y del militarismo.

En esta lucha están empeñados actualmente la mayor parte de los pueblos civilizados de la tierra. En algunos países la lucha reviste formas económicas y políticas violentas como las grandes asociaciones sindicales y en otros como en Estados Unidos, es estrictamente económica—trade unions—y otras finalmente esencial-

mente guerreras como ciertas formas del actual conflicto europeo que es, en último análisis, el choque producido entre dos elementos representativos antagónicos defensor el uno de los intereses del pasado y precursor el otro de los tiempos nuevos.

Aunque los orígenes, los motivos del conflicto europeo fueron diversos la unificación y las tendencias posteriores asumen un carácter político y social que puede tener trascendentales consecuencias en el desarrollo general de las actividades humanas. Es evidente que ninguna acción, ninguna actividad, ninguna manifestación puede estar desligada del movimiento continuo de las cosas; pero en cada gestación como en cada realización, sobresale una energía, una fuerza, una tendencia que caracteriza el movimiento. Los aliados se disputan la supremacía comercial e intelectual del mundo dentro de una orientación libertaria. Alemania lucha también por imponer una superioridad intelectual y comercial pero bajo un régimen militarista y religioso.

La revolución mexicana constitu-

ye la forma más concreta y al mismo tiempo la más violenta de las aspiraciones sociales de nuestros tiempos. Ni las asociaciones obreras americanas, ni los sindicatos franceses ni los más avanzados grupos socialistas del mundo, han podido sentar reformas más trascendentales, ni llevar a la práctica una serie de transformaciones tan importantes como las transformaciones y las reformas llevadas a cabo y planteadas por la revolución mexicana.

La revolución mexicana no es una lucha civil: es una actividad nacida de profundas necesidades humanas extendidas sobre toda la tierra, y sus violentas manifestaciones no han hecho más que adelantarse a los futuros movimientos que se verificarán en un futuro próximo, en otras regiones y principalmente en el continente americano.

Hoy los Estados Unidos nos reprochan el derramamiento de sangre y los desastres que son consecuencia inevitable de un estado de guerra. Pero no es muy aventurado predecir que dentro de breve tiempo, una lucha gigantesca se verificará en el

territorio de la unión proclamando los mismos principios que hoy defiende la revolución constitucionalista. No será improbable que entouces mayores males de los que nos aquejan, convulsionen el organismo de la República del norte. Aquí y allá han surgido ya algunas manifestaciones de malestar, siendo la más importante la huelga del Colorado.

"Nadie está exento de pecado." Mientras todas las campanas de la fama sonaban en el mundo el anuncio del humanitarismo americano, un relámpago sangriento recorrió las campiñas del Colorado. Los representantes del capitalismo de la Unión destruyeron a golpes de metralla a los trabajadores americanos en una lucha emprendida por mejorar las condiciones de la vida—exactamente igual a lo que acontecía en México en la época de Porfirio Díaz.

Sería muy curioso, pero no imposible, que cuando la conciencia del pueblo americano llegase a un estado de madurez y estallase una revolución se realizase esta paradoja: que el pueblo de México tuviese que intervenir en la revolución americana!

Pero si el pueblo de los Estados Unidos es capaz de comprender nuestras aspiraciones y nuestros esfuerzos, tomando ejemplo de nuestra lucha, podrá prepararse para evitar los sacudimientos que inevitablemente vendrán si no tiene valor de enfrentarse desde ahora, de una manera metódica, pero decidida, contra el actual régimen económico que pesa sobre él.

Nosotros no discutimos civilmente un principio político, ni nos disputamos a balazos el cambio de las personas dentro de un dado régimen gubernamental: luchamos empujados por una necesidad económica, y por altísimos principios de justicia.

Nuestra revolución es un gran esfuerzo hacia la realización de ineluctables y altas aspiraciones humanas, precediendo en el tiempo y aventajando en la decisión y en el empuje a los otros pueblos que pretenden llevar al terreno de la efectividad sus sueños de emancipación.

Esta energía nuestra, esta característica radical de nuestra revolución y el ejemplo que ponemos al mundo, son una amenaza para la caduca civilización burguesa. Por eso

es que los gobiernos, sostenedores de antiguos regímenes, el capitalismo mundial y la iglesia católica, nos han hecho, durante todo el desenvolvimiento de nuestra historia revolucionaria, la más terrible oposición.

Hace un año, en este mismo día, tuve la satisfacción de acercarme al Presidente Wilson con el objeto de explicarle, en nombre mío, en nombre de toda la juventud americana y de su más importante órgano en París "Le Revue Sud Americain" la importancia del movimiento revolucionario mexicano y la necesidad de que este movimiento se desarrollase amplia y lógicamente en beneficio de la vieja tierra de Anáhuac y de todos los países de América.

Circunstancias especiales me impidieron en la conversación que tuve con el Presidente Wilson realizar mi propósito. Hoy, el desarrollo de los acontecimientos ha reforzado mis convicciones.

Profundamente convencido de que un grande espíritu de solidaridad debe reinar entre todos los pueblos americanos, que agrupados formarán

la vanguardia de la civilización y el principio de la unión universal, aseguro al pueblo de los Estados Unidos que la revolución mexicana puede ser, por sus principios fundamentales, por sus modos de acción y por la trascendencia que de ambas cosas se deriva, el principio de esta unión.

El triunfo integral de la revolución mexicana, es la llave de las libertades americanas.

Orizaba, junio de 1915.

Dr. Atl.